

ciliar los derechos de su justicia y de su majestad, con los de su amor y de su misericordia. Se trata de la sangre de un Dios; temamos profanarla, dispensándola á pecadores impenitentes: pero es la sangre de un Dios muerto por los pecadores; temblemos cerrar estas fuentes saludables á los que quieren lavarse en ellas. Las personas consagradas al santo ministerio son unos ecónomos, cuya primera virtud es la fidelidad: fidelidad á Jesucristo, para no procurar mas que sus intereses; fidelidad á la Iglesia, para trabajar á sus órdenes con zelo y sumision; fidelidad á los pobres, para administrar su patrimonio con sabia economía; fidelidad á todos los fieles, para edificarles é instruirles. Sean todos los ministros de Jesucristo santos, como deben serlo, y muy pronto quedará el mundo reformado. De nada me conozco culpable, decia san Pablo, y sin embargo de esto no me justifico. Un apóstol á quien nada reprende la conciencia, no se atreve todavía á creerse justificado; ¿que es, pues, lo que nos asegura y nos tranquiliza? ¿Será nuestra inocencia, ó nuestra penitencia? ¡Ah! ¿quién sabe si nuestra tranquilidad es hija de aquella calma engañadora que da una falsa conciencia: no se teme, cuando con frecuencia todo hace temblar. No se teme porque no se ve el peligro; pero ¿está por eso mas lejos el precipicio? Temamos si hemos tenido la desgracia de ofender á Dios; aun cuando hubiésemos lavado los pecados con las lágrimas de la penitencia, temblemos todavía, y no cesemos de exclamar con David: Señor, purificadme de los pecados que no conozco. Tres juicios tenemos que sufrir: el juicio de este mundo, que debemos despreciar; el juicio de la conciencia, que nos hemos de guardar

de corromper; el juicio de Dios, que siempre debemos temer, y para el que nos interesa prepararnos.

El evangelio de la misa es de san Lucas, cap. 3.

El año décimoquinto del imperio de Tiberio César, siendo gobernador de la Judea Poncio Pilato; tetrarca de Galilea Herodes; Filipo su hermano tetrarca de Iturea, y del país de la Traconitis; y Lisaniás tetrarca de la comarca de Abilinia; en el pontificado de Anás y de Caifás, la palabra del Señor se dirigió á Juan, hijo de Zacarías, en el desierto. Y fué por todo el país que está á lo largo del Jordan predicando el bautismo de penitencia para la remision de los pecados, como está escrito en el libro que contiene lo que ha dicho Isaías profeta: la voz del que clama en el desierto, preparad el camino del Señor, hacedle sus senderos rectos. Se llenarán todos los valles, y se abatirán todas las montañas y todas las colinas; lo que no está derecho será rectificado, y lo que es escabroso se hará un camino llano, y toda carne verá la salud que viene de Dios.

MEDITACION.

SOBRE EL DESEO ARDIENTE QUE DEBEMOS TENER DE LA VENIDA DEL SALVADOR.

PUNTO PRIMERO.

Considera cuáles han sido en todo el tiempo del antiguo Testamento, los deseos ardientes y los votos de todos los santos patriarcas, de los profetas, de los justos por la venida del Redentor: le llaman, le invitan á que venga, le ruegan con empeño, con trasportes, con votos llenos de entusiasmo. Os suplicamos, Señor, que envíeis cuanto antes al que debéis enviar para salvarnos. Venid, Señor, como nos lo habeis prometido. Apresuraos, Señor, á venir, y no lo difrais por mas tiempo. O cielos, haced que descienda de lo alto el Salvador á manera de una lluvia.

Abrase la tierra para producir al Salvador. No se retrase, Señor, el veros, ni nos afijais mas con una dilacion tan larga. ¡ O si os dignáseis abrir los cielos, y descender de ellos para rescatarnos! Asi daban á entender los santos del antiguo Testamento el ardiente deseo que tenian de la venida del Salvador del mundo. La Iglesia no habla con menos énfasis: se aprovecha tambien de sus expresiones, y sus votos son todavia mas ardientes que los suyos. ¡ Cuáles, pues, deben ser los nuestros! toda nuestra dicha está en Jesucristo, nuestra salud eterna depende de su venida, ¿ con qué ansia no espera un esclavo á su libertador? cuanto mas pesados son sus hierros, cuanto mas dura es su esclavitud, mas se aumenta el deseo de su libertad. No cesa de preguntar cuándo debe llegar su libertador: se le señala el tiempo, y cuenta sin cesar todas las horas, todos los momentos: mas ¡ cuál es su alegría, cuáles sus trasportes, cuando sabe que se acerca su Salvador! sus deseos crecen con su conato, y nada le ocupa ya sino el dia de su libertad. Se le dice que no faltan ya mas que tres dias, que medio dia. ¡ Buen Dios! ¡ qué ardor! ¡ qué santa impaciencia! ¿ De qué nace que nosotros no experimentemos la misma ansia, los mismos deseos, la misma santa impaciencia? Dentro de seis dias, dentro de tres dias, dentro de algunas horas, vuelve á venir el aniversario del dia afortunado del nacimiento del Salvador; ¿ cómo es que no hacemos semejantes votos? ¿ porqué no importunamos al Señor con iguales demandas? La Iglesia, nuestra buera madre, nos da el ejemplo; ¿ porqué no la imitamos? Esto consiste en que nos falta la fe y el deseo verdadero de nuestra salud.

PUNTO SEGUNDO.

Considera que nuestros deseos siguen siempre á nuestras ideas; no deseamos mucho lo que estimamos poco. ¿ Comprendemos bien las consecuencias de esta verdad experimental? Nos fatigamos poco por ver llegar el dia del nacimiento del Salvador, y esto consiste en que le conocemos poco, en que nos interesa y nos conmueve poco el exceso de su amor; que no tenemos mas que una idea muy débil de las ventajas de su venida; que nos agrada el estado triste de error, de servidumbre, de pecado en que estamos; que amamos al mundo, cuyo espíritu viene á destruir, y cuyas máximas debe condenar el Salvador; que no tenemos gana de mudar de Señor; por fin, que nuestra salud nos toca muy poco al corazon. He aqui la causa funesta de nuestra indolencia, de nuestra frialdad, de nuestra lastimosa indiferencia. Conocemos poco al Salvador, lo que es, lo que puede, lo que merece; y todavia nos conocemos menos á nosotros mismos, lo que somos, lo que merecemos por nuestros pecados, lo que debemos esperar de la justicia divina. ¡ Cosa extraña! Desterrados en un valle de lágrimas, esclavos de un tirano, principio de todos nuestros males tanto en esta vida como en la otra; arrojados de nuestra patria celestial, ni aun nos dignamos pensar en aquel que es el único que puede ponernos en libertad, librándonos de todas nuestras miserias. Nosotros esperamos, en verdad, su venida; pero ¡ con qué indiferencia, y aun con qué disgusto! La Iglesia hace tres semanas, nos exhorta, nos estrecha á que nos regocijemos, y pongamos en él nuestra confianza, anunciándonos su venida: el dia de su

nacimiento está determinado, nosotros sabemos que está cerca. Él viene para poner fin á este destierro: viene para sacarnos de esta espantosa servidumbre; ¿y cuáles son nuestros conatos, ó qué es lo que hacemos para prepararnos á recibirle? ¡Buen Dios! ¡qué bien da á conocer nuestra indolencia la debilidad de nuestros deseos, y esta debilidad de nuestros deseos la languidez de nuestra fe!

Yo conozco, ó divino Salvador mio, toda la iniquidad de semejante conducta; pero al fin vos no me dais estas luces para dejarme por mas tiempo en un adormecimiento tan profundo y tan indigno. Venid, Señor, yo deseo vuestro nacimiento con todo mi corazón, y la solícitud con que voy á prepararme para recibirlos, probará la sinceridad y el ardor de mis deseos.

JACULATORIAS.

Yo deseo, Señor, con todo mi corazón vuestra venida, y nada omitiré para recibirlos dignamente. *Os. 26.*

Venid, Señor; daos prisa á venir á salvarnos. *Eccles. in off.*

PROPOSITOS.

1º No hay cosa que se manifieste mas que un gran deseo. El corazón no está nunca mudo. Se explica de muchas maneras; todas las pasiones son elocuentes, ninguna es mas expresiva que la que nos conduce á querer un bien que juzgamos que nos conviene. ¡Qué bien mayor que la salvación! ¡Qué objeto mas digno de nuestros deseos que la venida del Salvador del mundo! ¡con qué ardor la deseaban los patriarcas y profetas, con qué términos tan enérgicos la pedían!

¿Tenemos nosotros menos necesidad del Salvador que los antiguos justos? ¿porqué no tendremos tanto ardor, tantos deseos, tantas ansias de recibirle como ellos? ¿testificamos estos deseos por nuestras peticiones? ¿Os servís, durante estos días destinados á pedirle, de las oraciones jaculatorias que la Iglesia os ofrece, y que son tan propias para despertar nuestra fe y nuestro amor? Decidle muchas veces durante el día: *Haced, Señor, brillar vuestro poder, y venid para salvarnos. He aquí nuestro Dios que va á venir y nos salvará. Mostradnos, Señor, vuestra misericordia; dadnos el Salvador que quereis enviar. No, Señor, ninguno de los que os esperan y os desean, será confundido. Animaos, y no temáis ya, porque he aquí á nuestro Dios que viene dentro de pocos días para salvarnos, etc.* Estas pequeñas oraciones jaculatorias son muy á propósito para excitar el fervor en este santo tiempo.

Imponeos la ley de pasar cada día, hasta Navidad, una media hora por la tarde delante del Santísimo Sacramento para pedirle que él mismo prepare vuestro corazón delante de él por vuestros deseos, y ofrecedle señales de vuestra ansia, de vuestro fervor y de vuestro zelo. No dejéis de interesar á la santísima Virgen, por medio de alguna oración particular, para que os obtenga nuevas gracias; reglad vuestras devociones con la Iglesia, la cual durante el Adviento, y señaladamente en estos últimos días, mezcla tan oportunamente en sus oficios las oraciones que dirige al Salvador con las que dirige á su Madre, que el oficio de la misa del día es tanto en honor de la Madre como del Hijo. No dejéis de decir diariamente, al menos los ocho días antes de Navidad, el Oficio parvo de la Virgen con el fin de que os obtenga las gracias

necesarias para lograr unas disposiciones santas el día solemne del nacimiento del Salvador.

DOMINGO

ENTRE NAVIDAD Y LA EPIFANIA.

El espacio que media entre la fiesta de Navidad y la de la Epifanía se llama entre los Griegos el *Dodecámeron*, porque consta de doce días. Se ha considerado mucho tiempo como una sucesión de las fiestas continuas, al menos para la celebración de los oficios, y para la cesación del foro y de los negocios de palacio. No puede haber más que dos domingos en este espacio. Los Griegos dan al primero el nombre de domingo después de la Natividad del Salvador, y llaman al segundo el domingo antes de las luces: este nombre es el que dan al día de la Epifanía, á causa de que el bautismo de Jesucristo, cuya gran fiesta celebran ellos en este día, se llaman entre ellos *iluminación*.

La Iglesia latina llama á estos dos domingos *vacantes*, porque no tienen oficio propio de dominica, ni aun se hace conmemoración alguna del segundo, cuando concurren dos fiestas, y el primero no tiene más que la misa propia. Como este no se omite nunca, y se celebra aun cuando caiga en el día 30 del mes de diciembre, hemos creído conveniente el dar la explicación de lo que tiene de propio y particular.

El introito de la misa está tomado del capítulo 18 del libro de la Sabiduría: *Cuando todo reposaba*, dice el Sabio, *en un profundo y pacífico silencio*: *Cum*

quietum silentium tenerent omnia, así dice el texto, *y la noche estaba en medio de su curso*, vuestra palabra, omnipotente Señor, ha venido del cielo á la tierra: *ella ha descendido del trono real que teneis en el cielo*. La Iglesia aplica estas palabras al nacimiento de Jesucristo, verdadero Dios y Verbo eterno, que, habiéndose hecho hombre, ha nacido en medio de la noche, y en un tiempo en que todo el universo estaba en paz, bajo el imperio de Augusto. Es evidente que esta palabra omnipotente que ha venido de lo alto del cielo, y del trono real del mismo Dios, significa en el sentido alegórico y figurado el Verbo hecho carne (1), por el que todas las cosas han sido hechas, y nada de lo que ha sido hecho lo ha sido sin él.

La epístola está tomada del capítulo 4 de la carta de san Pablo á los Gálatas; se asegura que los Gálatas son originarios de las Gaulas. Habiéndose esparcido algunas tropas de la Gaula en la Grecia, y después en el Asia menor, bajo la dirección de Breno, fijaron, por fin, su habitación entre la Capadocia y la Frigia, en una provincia que de su nombre se llamó Galacia. Llamábase también entonces Gallo-Grecia, para dar á entender que estaba ocupada por Gaulas y Griegos. Los Gálatas eran paganos. San Pablo les predicó la fe de Jesucristo con un éxito prodigioso; hizo un gran número de conversiones, y formó allí una iglesia considerable. La primera vez que llegó allí, fué recibido como un ángel de Dios. San Pedro había predicado allí el Evangelio á los judíos, y san Pablo predicó en seguida á los gentiles. Se cree que fueron los judíos convertidos por san Pedro, siempre encaprichados con sus observancias legales, los que causaron entre

(1) Joan. 1.